

En estos casos uno hace lo que debe hacer, dar un beso tonto a las señoras conocidas, cazar al vuelo un canapé de plástico cuando el camarero te pasa la bandeja por la sotabarba, amarrarse a un vaso largo de un licor que sea rojo, buscar a los amigos entre la aglomeración del cóctel y soltar alguna bobada mientras se abren las puertas del Salón Turquesa del hotel Eurobuilding para el banquete TP. La comida benéfico-publicitaria, que la revista "Tele-Programa" ofrece a su parroquia, reúne todos los años varios centenares de rostros populares en torno al chuleton de ternera. Hasta aquí, todo es normal. En el salón abarrotado se ve mucha gente de Televisión con cara de pufo, chorizos de tercera, personal resabiado, artistas famosos que son sueños de peluquería, mandos y ejecutivos, ese mundillo de nuestra cultura de cuarta mano y otros responsables de la pequeña hampa televisiva. Se trata de dar un premio de no sé qué y allí están los que van a recibir de manos del ministro del ramo una lata enmarcada con fondo de terciopelo.

Con la democracia, en esta clase de banquetes se sigue comiendo muy mal y encima se han perdido otros alicientes. Antes podías soportar que la salsa tártara estuviera demasiado décida o que la tortilla paisana supiera a limo, pero sabías que en cualquier momento podía entrar la Policía en el festín y emprenderla a polainazos contra los comensales. Hoy las comilonas no están rodeadas de "jeeps" con la linterna puesta, ni los bautizos políticos se celebran con las esquinas tomadas por los marcialanos. La democracia ha dejado la responsabilidad de la depuración a los jefes de cocina. Hoy la tortura se celebra a través de las judías de bote y del "crocanti" con moño. Los poderes fácticos dejan que los demócratas se envenenen solos.

Hay que reconocer que las comidas políticas y culturales han perdido todo interés. Desde que existe el Parlamento, un lento sopor ha invadido los salones turquesas de todos los restaurantes, en todos los postres se habla de lo mismo, los discursos de sobremesa han caído en la vulgaridad de la consolidación de la democracia, cualquier diálogo a la hora del café con una batería de líderes con el puro en la boca no es más que un soso estribillo en torno a la crisis, un manierismo gastronómico sin sorpresa. Desde hace un par de años, cuando recibes un tarjetón que te convoca a una comida, el primer impulso ha sido arrojarlo al cubo de la basura. Sabes de antemano que vas a comer mal y que vas a oír las estupideces de siempre. Pero de pronto ha irrumpido en el ámbito de los comedores públicos Ricardo de la Cierva. Y esto ya no es lo mismo. Puedo asegurar que son muchos los que no están dispuestos a perderse un ágape donde se presienta que el ministro de Cultura sea capaz de intervenir.

Ricardo de la Cierva es un niño feliz y excitado, el único personaje que se cree que la cultura existe en los papeles con membrete, que es capaz de levantarse a las cinco de la mañana para trabajar en un caso tan inútil. Reconozco que disfruto morbosamente oyéndolo hablar. De sus labios encendidos puede salir la afirmación más chocante, el sentimiento más



BANQUETES, CONFERENCIAS Y OTROS FUNERALES

MANUEL VICENT

puro, el juicio más sublime o patoso, todo a bote pronto, sin pasar por el filtro. El otro día llegó con algunos minutos de retraso a la comida de "Tele-Programa". Piensen ustedes en la fórmula que utilizó para excusarse. No lograrán adivinarla. Dijo simplemente que lamentaba haber llegado tarde, que perdonaran, pero que en su disculpa podía afirmar que se había retrasado porque hasta el último momento había estado trabajando para todos nosotros. La aportación que ha hecho el Gobierno para alegrar los aburridos banquetes culturales y políticos de la democracia es impagable. Ricardo de la Cierva era el último toque de imaginación que necesitaba esta fiesta para venir-se abajo.

El lunes 16 de marzo, a media tarde, los salones y escaleras del hotel Eurobuilding se velan muy concurridos. Entre los americanos de congreso, pantalones a cuadros, sonrisa de metrópoli en las encías y la tarjeta de plástico colgada de la tetilla, la caterva televisiva se diluta por los pasillos entre besos y abrazos, otro público acudía al Club Siglo XXI, donde el

periodista José María García iba a perorar sobre la convivencia en el deporte. Sin salir del edificio, Ricardo de la Cierva hacía doblote en dos sesiones seguidas, y en su inflamado corazón se hilaban los dos mundillos pestilentes y deteriorados. La televisión y el fútbol tentan cabida esa misma tarde en el pecho del ministro, que es un hotel de mil estrellas.

La comilona benéfico-publicitaria de la revista "TP" había sido un aburrido ramoneo en el plato. El ministro había dicho que aquel era un almuerzo de trabajo. Es de suponer que en el Salón Turquesa, antes de llegar al helado, ya se habrían acordado algunas decenas de pufos, encargos, programas para hacernos felices. Unas horas más tarde, José María García, el rayo vengador de la noche, saltó su voz aflautada sobre las otras miserias del Ministerio de Cultura. Con su cabeza redonda y mo-fletuda de angelote barroco, detrás del pupitre del salón de las cornamentas, insulto va, insulto viene, una denuncia por aquí, una invectiva por allá, el periodista repitió su propio espectáculo. Más de mil personas, algunos ministros sentados, algún centenar adensado en los pasillos, oyeron llover este ejercicio de purificación de pasiones en que se han convertido las charlas de este emisario de los dioses olímpicos.

No pasa nada. Allí estaba también Ricardo de la Cierva para detener los golpes. El ministro y el periodista se buscan y se encuentran en las ondas nocturnas. Ricardo de la Cierva es de las personas que entran al capote asomado en cualquier burladero. Tiene una fogosa sangre de eral.

Para dar la sensación de que la cultura existe, no había más que nombrar a un ministro con la ingenuidad y el arrojo suficiente para acudir al reclamo de cualquier trapo, de cualquier pase de balón en un insulso peloteo en medio del campo, a un representante de los membretes oficiales que se moviera mucho de cena en conferencia, de cuchipanda en coloquio, de entrevista en batalla de flores, de entierro de la sardina en funeral, hasta crear la ilusión de que ese cuerpo gaseoso se condensa, de que la parafina cultural gesticula en las tribunas. Aquel fue un buen día para Ricardo de la Cierva. En un mismo hotel estaban todos: deportistas de despacho y ensartadores de antena, y el ministro andaba de salón en salón, como un padre con el ungüento pental, encajándolo todo, desde la aburrida rumia de la gente resabiada de Televisión hasta los azotes de un periodista fiero que se ha instalado en el centro del tinglado deportivo denunciando públicamente a todo bicho viviente sin lograr que se mueva una hoja. No obstante, corren rumores que la cultura real existe. Alguien que no sea su consejero tendrá que decirselo al ministro. Cuando se entere, es probable que abandone esa sonrisa de felicidad, esa emoción que pone ante el micrófono a los postres. ■